

Otros dos ó tres carruajes hicieron lo propio, pero el cochero amigo de Cucuzone les dijo tranquilamente:

—¡Quiero este caballero... al primero que se mueva, le aplasto!

Sus rivales se detuvieron y volvieron grupas.

Algunos dijeron:

—No se pueden gastar chanzas con ese brutal Ruggieri.

Aurelio no tenía que elegir: así subió al carruaje conducido por Ruggieri. Cucuzone saltó detrás.

Serían las tres de la tarde cuando el coche volvió á la plaza del Mercato.

Aurelio Caffarelli bajó de él para dar cuenta á Johann del resultado de su misión.

—Al anocheecer—dijo al entrar en el aposento donde le aguardaba el ministro de Estado,—Loredano Doria y Julián de Monteleone se hallarán en la parte superior de las Camaldulas..

—¿Armados?—preguntó Johann.

—Armados—respondió el noble.

—¿Y se han tomado todas las medidas para que queden allí los dos?

Aurelio se inclinó en silencio

—¡Enhorabuena!—exclamó Johann;— hoy me siento fuerte como un hércules... quiero ver esto... sí... quiero verlo.

Y mandó que le preparasen su silla portátil, diciendo al mismo tiempo:

—¡Cómo progreso en salud!... ¿y no viviré más que un siglo?

Mientras se preparaba la silla del señor Johann, el coche conducido por Ruggieri se dirigía al galope por el camino de las Camaldulas.

Cucuzone había cambiado de puesto. Dejando el asiento de atrás, instalóse en los almohadones del interior, donde dormía el sueño de la inocencia.

La viuda de Monteleone y la centenaria de la casa de los Folquieri, eran dos locas que la una guardaba la otra.

La ancianidad y acaso los remordimientos habían obscurecido desde mucho tiempo la inteligencia de Berta Giudicelli.

María de los Amalfi había también perdido la razón en la quinta Floridiana en el momento en que la evidencia la obligaba á denunciar al príncipe Coriolani, hacia quien la impelía su corazón, como el asesino de Mario Monteleone.

Desde entonces, el señor Johann Spurzeim no se atrevía á arrostrar su presencia, pues creía en el principio sentado por el doctor Daniel de que «la locura se acuerda de la locura.»

Pero este temor no le hacía renunciar á sus designios; en Nápoles los matrimonios religiosos tienen fuerza civil.

Nadie había visto á María de los Amalfi desde la escena de la quinta Floridiana; por consiguiente nadie podía decir: tal día y á tal hora la viuda de Monteleone estaba demente.

El sueño de ambición de aquel hombre contra el cual todo conspiraba, hasta su salud, iba á verse realizado. La partida de matrimonio haría fe.

Algunas horas más, y aquel hombre, ya favorito de un rey, iba á ser á la vez el heredero del más alto título de Nápoles y de las dos más grandes fortunas reunidas de Italia.

Precisamente para ello, guardaba en su poder á María de los Amalfi y á la vieja Berta, su compañera.

El señor Johann estaba exento de todo vano es-

crúpulo. Así había colocado á las dos en el aposento dormitorio de Bárbara Monteleone, ya difunta.

En cuanto á la anciana Berta, hubiera sido fácil hacerla desaparecer; pero ella no conocía el nombre del cómplice de Bárbara Monteleone.

Es verdad que no hubiera sido difícil ponerla en vía de descubrirle, mas esto sólo podía hacerlo la viuda de Monteleone. Pero María de los Amalfi, cuando estaba en su juicio, no se acordaba de nada, y Johann se ocultaba de ella en sus horas de demencia.

Sin embargo, supuesto el carácter alevoso de Johann Spurzeim, es cierto que no hubiese arrojado sin motivo un peligro tal, por débil que fuese. El motivo existía.

Suponiendo una vuelta súbita é inesperada á la razón por parte de María de los Amalfi, podía descargar todo el peso de las iniquidades pasadas en la anciana Berta.

Era una reserva, ó mejor, una puerta abierta para un caso de derrota.

Ya había muchos días que las dos reclusas estaban reunidas en el aposento de la difunta Bárbara Spurzeim: al primer golpe de vista se habían conocido. Al aspecto de la que fuera tanto tiempo su verdugo, María de los Amalfi sobrecogióse de horror y de espanto; la centenaria, al contrario, había experimentado un sentimiento de alegría imbecil. Tenía otra vez una esclava en su poder.

Pero pasado el primer momento, notóse en ella cierta inquietud. Indudablemente esta organización, ya decrepita, había sufrido un cambio.

Muchas veces la hubieseis sorprendido contemplando á María de los Amalfi durante el sueño. Algo se operaba en el interior de este sepulcro humano. Eran los resplandores intermitentes de una lámpara próxima á extinguirse.

Se le había dado una rueca para que hilase. Du-

rante su trabajo cantaba muchas veces con voz trémula y cascada las antiguas canciones de la Calabria.

María de los Amalfi, olvidando entonces sus terrores, se arrodillaba á sus pies como una niña. Escuchaba llorando.

Aquel día María de los Amalfi dormía vestida sobre su cama.

Berta hilaba.

Eran las cuatro de la tarde.

Berta se había levantado ya dos veces para contemplar cómo dormía.

Cuando por tercera vez fué á sentarse, dijo:

—Será preciso que hable al rey.

Era su estribillo, y esto bastaba para adormecer momentáneamente su conciencia, como el opio transformado en pasta calma por algunos instantes la tos perseverante de los enfermos del pecho,

Cogió el manubrio de su rueca y dió vuelta al huso.

—¡Ah!—exclamó sin que su fisonomía petrificada revelase la menor compasión;—ésta ha sufrido mucho... el día que le pusieron en la cabeza la corona de flores de azahar estaba risueña y bella... ¡Nada de orgullo!.. Dió el beso de amiga á todas las doncellas del valle... ¡Cuánto tiempo... cuánto tiempo ha transcurrido!... ¡Y yo también he sufrido mucho!

El movimiento de su rueca seguía una regularidad metronómica. De súbito paró de hilar.

En aquel momento, la condesa viuda de Monteleone se agitó en su sueño.

—¡Fulvio!... ¡Fulvio!...—murmuró ella.

Su voz era triste.

La anciana sonrió con estupidez y refunfuñó:

—Mario quiere decir... ¡Llamábase Mario!

Su mano tocó el manubrio de su rueca, pero le imprimió ningún movimiento.

— ¡Mario! — repitió con acento delirante; — ¡Julían, Celestina! ¡Me acuerdo de todos éstos nombres! ¿Por qué he olvidado las cosas más recientes y no las más lejanas?... Nunca pienso en mi hija, que murió feliz entre su marido y sus hijos... y sí siempre en mi nieta... ¡Blanca! ¡mi último amor! ¡ídolo de mi corazón!

Sus párpados latieron como si aun conservase una lágrima para tan triste recuerdo.

— ¡Blanca! — repuso; — ¡Blanca!... ¡tan bella, tan joven, tan querida! Hizosele un gran honor, fué la nodriza de su joven señor, ¡la nodriza de Mario! ¡el primogénito de Monteleone! ¡Y Bárbara nos ofreció dinero... dinero!... ¡Blanca no quería, Blanca, pobre ángel mío!

Antes de proseguir lanzó un gran suspiro.

— ¡Pero empezó á salir de noche!... ¡En esa edad el dinero no seduce!

— ¡Ah! — interrumpióse con salvaje energía, — ¡si yo conociese al que sedujo, al que mató á mi Blanca!

Sus mejillas se colorearon ligeramente; sus ojos brillaron en el fondo de sus órbitas.

Esto fué un rayo de luz.

— ¡El tentador se ocultaba!... — murmuró: — Blanca murió sin querer decirme su nombre; así no he podido vengarla. ¡Es la idea que sobrevive á todas en los corazones italianos, la de la venganza! En aquel momento, María de los Amalfi se incorporó en su cama y lanzó un grito.

Y se arrojó fuera de ella desgredada.

— ¡Les he visto! — exclamó; — ¡á los tres! ¡á los tres!... y he visto también al asesino que quiere matarlos, al mismo que asesinó á su padre.

Estaba bajo la impresión de una pesadilla que había agitado su sueño.

Dirigióse á la ventana con paso vacilante.

La ventana daba á un patio en el cual los cria-

dos de Johann Spurzeim preparaban su silla, según las órdenes transmitidas por Aurelio Caffarelli.

María de los Amalfi continuaba caminando.

— ¡Allí está! ¡allí está el que se me ha aparecido en sueños!

Berta dejó su rueca para asomarse

La condesa, poniendo sus dos manos delante de sus ojos, como si quisiese huir de una espantosa visión, exhaló otro grito terrible:

— ¡Hele ahí! — dijo.

Johann Spurzeim, sostenido por dos criados, bajaba la escalera de su palacio, y se dirigía á la silla de manos.

La anciana Berta aplicó sus ojos á los cristales de la ventana.

— ¡Yo conozco á ese — profirió hablando consigo mismo.

La condesa se alejó con horror.

— ¡Ah! — dijo ésta, — tú conoces á David Heimer. Berta repitió:

— ¡David Heimer!

Y las dos locas se miraron con ojos delirantes. Berta dióse una palmada en la frente, murmurando:

— ¿Dónde está mi memoria?

— ¡Yo me acuerdo! ¡yo me acuerdo! — decía la condesa. — Era de noche. Vino á mi aposento y me dijo: — «¿Quieres vengarte del que te ha robado la felicidad?»

— ¡Hijos míos! ¡mis pobres hijos! — interrumpióse en acento lastimero.

— ¡David Heimer! — volvió á repetir Berta.

Luego añadió:

— Una noche le vi hablar con mi nieta Blanca. La condesa hizo un esfuerzo para alejarse de ella y cayó al suelo.

— Sí... sí... — profirió entre sus dientes cerrados,

—Blanca... Blanca Giudicelli... ¡La nodriza infame!... la que me robó los niños... ¡la querida de David Heimer!

El busto encorvado de la centenaria crujió al enderezarse de súbito.

Sus ojos brillaron. Sólo dijo estas palabras
—¡Era él!

Luego tomó el báculo que le había servido para sostenerse en su largo viaje á la corte y se dirigió á la puerta.

—¡Y yo! ¡y yo!—exclamó la condesa haciendo un esfuerzo para levantarse;—ese Spurzeim quiere matar á mis hijos, ¡quiere matarlos! Dios me lo ha revelado en sueños!

Berta volvió sobre sus pasos, y arrodillándose al lado de su señora, exclamó en alta voz:

—Viuda de Mario Monteleone, apoyaos en mi brazo... La fuerza que ahora tengo, no es mía; Jesucristo, hijo de María, me la presta. Quiero defenderos, vengaros y morir.

Tendió una mano á la condesa, y besando el rosario con la otra, continuó:

—Soy muy vieja... soy el castigo de Dios que marcha... Adonde vaya él, allí irá.

Y condujo á María de los Amalfi al patio.

Allí los criados de Johann quisieron impedirle el paso.

Pero la anciana sacó del bolsillo una cajita que contenía las monedas de oro dejadas por Coriolani á Julián y Celestina, y las desparramó por el suelo.

—¡El rey me espera!—dijo con singular autoridad.—Mis horas están contadas... ¡Ay, del que interponga entre el rey y yo!

XV.

Armas parlantes

Desarrollábase un espectáculo sorprendente que inspiraba terror.

El cielo, matizado de anchas tiras de colores vivísimos, presentaba uno de esos cuadros que los pintores no se atreven á imitar, temiendo la crítica imbécil del vulgo.

Porque el vulgo, al ver reproducida por el pincel ó la pluma una cosa que no ha visto, exclama siempre: «¡Esto no es verdad!»

Las nubes verdes, de color de violeta, de naranja, de sangre, confundían sus cintas simétricas. En el horizonte todo era fuego.

El sol descendía á su ocaso.

Frente del sol poniente se elevaba el gigante que sentó un día su pesada mano sobre Herculano y Pompeya, ciudades sepultadas, es decir, el Vesubio.

El Vesubio poseía su atmósfera propia y su estado meteórico que en nada se parecía al resto del cielo.

Consistía en un cúmulo de vapores pesados y opacos, elevados en espiral como los que salen de la boca de un cañón. Los contornos de estas nubes se coloreaban de plata ó púrpura, según recibían la luz de arriba ó abajo.

Destellos luminosos cruzaban incesantemente en diferentes direcciones esa masa de tinieblas cuyas profundidades se iluminaban extrañamente. Pero no se oía el retumbar del trueno.

Este se confundía con el estrépito del monte, que á manera de murmullo inmenso ó de voz poderosa parecía aturdir la ciudad.